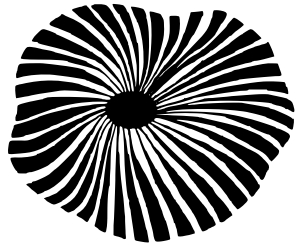


Círculo Rojo

# ARCANO 22

# Arcano 22



Taikú Tao

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: noviembre 2017

Depósito legal: AL 2243-2017

ISBN: 978-84-9175-786-3

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Taikú Tao
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo
© Fotografía de cubierta: Joan Salvadó

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida por algún medio, sin el permiso expreso de sus autores. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o las opiniones que el autor manifieste en ella.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

# CAPÍTULO UNO
# EPÍLOGO

> La libertad te costará la máscara que llevas puesta —dijo ella—, la máscara que te hace sentir tan cómodo y tanto cuesta desechar, no porque se te adapte muy bien sino porque la has llevado durante mucho tiempo.
>
> Florinda Donner

La mujer se despereza, intenta levantarse de la cama. Cada día le cuesta más. Si por ella fuese pasaría la mayor parte del día entre las sábanas. Se siente cansada. Este sentir la molesta enormemente. ¿Dónde quedó su vitalidad? ¿Por qué recodo del camino quedó perdida su juventud?

Se recuerda de niña. Los adultos, grises y apagados según su ver infantil, la asustaban, casi tanto como esos fantasmas que la visitaban en sueños. Ella no quería envejecer. No quería volverse un espectro andante, repitiendo un día y otro las mismas cosas. Se le antojaba que lo único diferente que le quedaba por vivir era morirse.

Oye las voces y las risas de sus hijos. Toca levantarse. «Bueno, sólo un ratito más», piensa. Y se acurruca de nuevo.

De niña decidió que vivir intensamente hasta los cincuenta años le bastaba. Se ríe. Hace unos años, cuando se acercaba a esa edad, la idea ya no le pareció tan buena.

¿Y sí algún dios burlón le concedía ese deseo? Sabía, por propia experiencia que a veces las fuerzas que rigen el destino de los humanos se complacían en concederles los deseos más extraños. Sus hijos eran pequeños. Se casó ya mayor y cuando sus amigas estaban cerca de convertirse en abuelas, ella empezó a ser madre. Por eso estuvo semanas volviendo a rezar, de niña le gustaba hacerlo, sobre todo a su Virgen, una que guardaba desde una foto descolorida todas sus noches y todos sus sueños.

No murió. Sólo se hizo mayor, casi vieja.

Al mirar atrás no veo la vida que hubiera querido vivir, ni la persona que hubiera querido ser. Durante toda mi vida he estado buscando maneras de hallar el conocimiento que me devolviera a mi centro. Un centro que queda lejos en mi pasado, embarullado en los años infantiles. Un centro intuido más que conocido, un lugar en mi ser que siempre se me ha antojado como mi hogar.

Unos recuerdos que cabalgaban entre realidades vuelven a hacer acto de presencia en su memoria. Se alargan hasta mezclarse con las visiones de ellos que tuvo, cuando hace algunos meses decidió probar una planta maestra o de poder, o ambas cosas. Experimentó con varias de ellas.

Las tomó para que le mostraran quién era ella, por qué su vida no era como de niña soñaba, dónde y cuándo su verdadera esencia había sido suplantada por la realidad cotidiana que, silenciosamente, había impuesto su dictadura. Creyó encontrar todas las respuestas y durante algún tiempo volvió a sentirse joven y vital.

Sigue tomando, demasiado a menudo quizás, pequeñas dosis de ellas. «Eso, un poco de Rapé. Tomo un poco y me levanto».

Escoge soplarse oscaya. Un fino polvo de tabaco con seis o siete plantas más que al subir veloz por las fosas nasales hace que sientas el frío acero de una daga partiéndote el cerebro en dos. Después te eleva por un rato a una conciencia acrecentada. Estás

aquí, pero todo es más brillante, los recuerdos más nítidos, todo es más claro.

Se sumerge de nuevo en la calidez de su cama, cierra los ojos y recuerda las tomas. Escondida entre esas visiones está la clave para arreglar su vida, piensa.

Se recuerda. Se cuenta por enésima vez su experiencia.

Tomé el brebaje que me ofrecieron y me senté a esperar. Los minutos se hicieron eternos. ¿Y si no logro nada?, ¿y si la planta pasa de largo y no me da nada?

Y de repente, justo el centro de mi frente estalló en mil pedazos, la oscuridad lo llenó todo por unos instantes. Antes de que pudiera reponerme de la sorpresa, el contorno brillante y colorido de figuras geométricas cambiantes, cuadrados y triángulos uniéndose y separándose formando figuras, patrones repetitivos, a una velocidad endiablada, empezaron a venir hacia mí. Los sentía venir de mi hacía mí, surgir en mí y estallar en mí. Mi cuerpo vibraba, sentía como eso lo llenaba todo, me deshacía, desaparecía. Un recuerdo hecho relámpago cruzó el último vestigio de consciencia que me quedaba, un terror absoluto y visceral se apoderó de todo: ¡No!, ¡no quería ir allí! ¡Por favor, no!

Nada más formular esos pensamientos volví a sentir la totalidad de mi ser, mi cuerpo se estremeció, un sudor frío me cubrió instantánea y completamente mientras la primera arcada se habría paso desde el fondo de mis entrañas, y con ella la necesidad inaplazable de ir al baño. Me levanté a duras penas con el cubo en una mano y con la otra tanteando el aire que me rodeaba intentando reagrupar las diferentes capas de «yo» que me formaban y que se movían cada una a diferente velocidad.

Quería que «eso» parara ya, no quería seguir, pero una parte de mi me susurró que era tarde para eso, sólo podía seguir, dejarme llevar y vivirlo. No había vuelta atrás.

No sé el tiempo que transcurrió, seguramente poco, aunque a mí me pareció eterno. Me sentía desaparecer, ir y volver entre mundos que cruzaban tan rápido por mi ser que no podía retenerlos. De pronto me vi allí, sin saber qué o quién era. Pellizqué mi brazo: ¡Ah!, yo soy esta. Recorrí con la vista recién recuperada el espacio y poco a poco recordé el baño, la toma, el miedo y volví a vomitar. Todo empezó de nuevo otra vez. Lloraba y gemía, ¡por favor, Madre mía! ¡no puedo!

¡Ayúdame, plantita, más suave por favor! Algo se calmó en mí y pude volver a la sala. Me dejé caer en la colchoneta. Dormir, debía dormir y olvidar, pero la música se instaló en mi interior, me empujaba de nuevo a la disolución; tapaba mis oídos para cerrarle el paso, pero se colaba por entre las rendijas de mi ser, por los poros de mi piel y el sudor frío volvió y con él las náuseas y, de vuelta al baño, mientras seguía implorando un poco de compasión, invoqué a mi guardiana, la imagen de la Virgen de mi niñez y la de todas las diosas con la que la había fusionado para ver si con alguna de ellas me hacía más caso. Decidí firmemente irme a la mañana siguiente, al diablo lo que pensaran de mí, no podría aguantar otra noche así.

Vuelta a la sala, alguien reía con fuerza. Estoy deshecha y él ríe feliz, ¿cómo es posible?, ¿tan mala soy? Y vuelta al baño. Los rezos y las suplicas debieron surgir efecto porque poco después las náuseas dejaron paso a los bostezos, continuos y exagerados y a una serie de visiones que aparecían rápido y se esfumaban a igual velocidad.

Recuerdo sentir el conocimiento como gotas de agua caer sobre mí, empaparme y sentirlo sobre mi piel, en mis huesos, en mi sangre.

Al día siguiente no recordaba demasiado, pero algo había cambiado.

No me fui. Me quedé y esa noche volví a vomitar, llorar, morir. En verdad me vi vomitarme a mí misma, Desaparecer en mil pedazos y volver a reunificarme en tres lugares a la vez y en nin-

guno. Y otra noche más y entre vómitos y bostezos me fundí con la nada. Fui eternidad, lo entendí todo.

A la mañana siguiente me sentía henchida de orgullo. ¡Lo había logrado!, ¡entendía!

Ciertamente algo había cambado en mí, pero ¿era suficiente? Decidí que no. Unas pocas semanas después repetí las tomas.

La plantita fue generosa y no me castigó físicamente como la primera vez. Las visiones eran hermosas. Me sentí en un gran útero, a punto de nacer. Me sentí nacer. Paseé por dimensiones paralelas. Fui luz, fui color.

Pero por las mañanas recordaba poco y ese poco se iba diluyendo como esos sueños tan maravillosos que te alegran el despertar y quieres mantener a toda costa, pero se te escurren por entre los dedos como la arena de la playa.

Las semanas siguientes me replanteé mi vida o, mejor dicho, mi día a día, porque ¿cómo se replantea uno su vida cuando el pasado y el futuro se enredan en tus pies con cada paso que das? Y decidí volver con la planta. Necesitaba que me diera una visión que arreglara mi presente de golpe y a mí con él.

El oscuro líquido se deslizó rápido por mi garganta. Al cabo de poco las figuras geométricas venían veloces hacia mí, estallando justo en la mitad de mi frente. Sus colores se deslizaban por mi cuerpo que se deshacía y manchaba el suelo de un paisaje extraño. Un sinfín de imágenes, a cual más grotesca, llenaban por unos instantes todo mi campo de visión y desparecían.

«Debo haber cargado demasiado el proyector», piensa, volviendo al ahora, mientras los recuerdos se mezclan con una visión nueva.

Un tigre ruge posado sobre las ramas de un olmo. ¿Cómo habrá llegado hasta allí? El pensamiento hace que la imagen se fije y yo entre en ella. Estoy en una ciudad, voy en coche por una

avenida grande. Miro al tigre, sus ojos se fijan en mí y salta. Es un salto magnífico. Cae muy cerca de mí. Salgo del coche y corro, no tengo miedo, pero sé que él está aquí por mí, su misión es cazarme.

Lo despisto. Quiero sentarme en un banco, pero siento un rugido suave, me volteo y enfrento a otro tigre, blanco esta vez. Abre sus fauces. Sé que sólo es una visión, cierro los ojos y me imagino lejos de allí.

Estoy en una escalera. Hay una gran cantidad de peldaños a mi espalda y otros, muchos, delante de mí. Les oigo. El tigre amarillo sube, el blanco desciende. Llego a un rellano y justo a tiempo me escabullo por una puerta. Los dos tigres se funden y todo desaparece.

«Qué visión más extraña», piensa mientras de un salto sale de la cama y deja, como todos los días, que su cotidianidad tome los mandos. «Definitivamente, he tomado demasiado oscaya». Han pasado ya unas horas, pero la sensación de estar entre mundos aún no la ha abandonado. Sus hijos no volverán hasta dentro de unas horas y su marido está de viaje. Tiene tiempo de tomar una planta más fuerte. Duda, no le apetecen los vómitos y el malestar. Desiste: «no, mejor no tomo nada».

Al poco siente que la planta la llama. Duda. Al final las ganas de desprenderse de una vez por toda de esa frustración que gobierna su existencia puede más y toma medio vaso del brebaje antiguo. Sabe que ha tomado demasiado. No le importa.

«Está bien, plantita. Haz conmigo lo que quieras, pero dame la respuesta. ¡Sólo quiero ser yo! ¡sólo quiero ser feliz!».

Los colores geométricos la atrapan y la lanzan sin miramientos muy lejos de allí.

La noche es densa y oscura. Está sentada en el suelo, o eso le parece. A su alrededor están sentados otros seres. Sabe perfecta-

mente quiénes son, aunque no puede discernir sus contornos: los espíritus de las plantas.

«¡Ah! —piensa—, no estoy sentada en parte alguna, es sólo una ilusión».

Del centro del círculo surge una suave brisa. Ríe bajito, en vez de fuego, viento.

—¿Qué hacemos aquí?

—Tú nos has llamado. ¿Qué quieres?

—Respuestas —contesta mientras recorre con su mirada el círculo, intentando poner nombres a las presencias.

Siente que las conoce a todas a pesar de no poder nombrarlas una por una. También siente su fuerza

—Haz las preguntas. Pero tú ya sabes que todas las respuestas están y han estado siempre en ti.

Se encoje de hombros. Saber eso de nada le ha servido durante todos esos años.

—¿Esta es la visión que os pedí? ¿La que puede darme una pista sobre quién soy y cómo vivir verdaderamente mi vida?

—Esa visión te la hemos dado esta mañana.

—¿Esta mañana? —repite mientras hace esfuerzos por recordar.

—Sí, los dos tigres.

—Olvide pedir que fuese entendible… ¿Qué me pasa? ¿Por qué no puedo entender mis propias visiones? ¿Por qué no puedo entenderme?

—Te falta humildad.

—¿Y cómo llego a ella?

—¿Sabes que es ser humilde?

—Sí, claro

—No, no lo sabes. Los humanos tenéis palabras para todo. Y, sin embargo, y a pesar de los grandes diccionarios y sus elaboradas definiciones, no conocéis el significado verdadero, que no real, de la mayoría de ellas. Os falta el sentir. Sin eso la comprensión no es posible.

—Ahora me habéis generado más preguntas. Siguiendo con la humildad, decidme ¿qué es?, ¿cómo puedo ser humilde?

—Es aceptación de uno mismo. Y a tu segunda pregunta: aceptándote totalmente, lo que te gusta y lo que no, lo que te asusta y lo que más temes. Cuando te abrazas total y sinceramente, eres humilde. Para ello primero has de saber qué o quién eres y, claro está, todo lo que no eres. Es mejor empezar por eliminar las falsedades que te crees de ti. Cuando las has sacado todas fuera, lo que quede, pequeño o grande, eres tú.

—Ya lo hice. Una de las primeras veces que te tomé —contesta, señalando directamente a una de ellas.

—Bien por ti. Pero no eres humilde.

—¿Quieres decir que miento? —pregunta, no sin una cierta suspicacia enredada en las palabras.

—Esa no es la cuestión. Se puede mentir sin saber que se miente.

—¿Cómo es eso posible?

—Mentís sin saberlo cuando la falsa imagen que tenéis de vosotros mismos está tan incrustada en vuestro cuerpo y en vuestra mente que os es casi imposible saber quién sois en realidad. Incluso mataríais para defenderla.

—¿Y cómo me deshago completamente de mí no yo?

—Aceptando tu verdadera naturaleza y para ello has de enfrentar lo que más te asusta. ¿Recorriste todos tus miedos?

—Sí… ¿Qué quieres decir con recorrerlos?

—¿No era un sí?

—Desde mi punto de vista sí. No sé desde el vuestro, por eso pregunto —responde con aire indiferente.

—¿Cuáles eran tus mayores miedos?

—Esta es fácil. Perderme a mí misma, no cumplir con mi destino… y la locura.

—Por los dos primeros estás aquí. La locura… ¿la recorriste?

—Bueno. Siempre me había dado miedo volverme loca o quedar como una loca…

—¡Espera! ¿volverte loca o que te tomen por loca? No es lo mismo. ¿Cuál era tu temor real?

—Umm… Ambos, supongo. A los locos los toman por locos.

—En tu mundo a muchos los nombran líderes, modelos a seguir o los envidian.

—Yo me refiero al sentido literal de locura.

—Nosotras también. Dinos, ¿cómo paseaste por la tuya?

—Un día, esto ocurrió mucho antes de tomarte, me di cuenta de que lo estaba enfocando desde mi perspectiva actual y pensé que, si enloquecía, mi sentir cambiaría y de alguna manera me sentiría bien a pesar de los otros. Viviría en mi mundo y ya. Desde ese momento dejó de importarme.

—Eso no es recorrerla. Es una jugarreta mental para no tener que afrontarla. Me duele la cabeza, tomo una pastilla, sigo en mi sueño y así no tengo que indagar en el mensaje que me trae el dolor.

—Pero el dolor ya lo tienes, el ejemplo no vale. ¿Cómo diseccionó algo que no tengo?

—Si tu miedo es la locura. La locura ya está en ti.

—¡Joder! ¡Ay, disculpa! Pero ¿me estás llamando loca?

—No te disculpes. Y dinos, ¿qué cosas dejas de hacer por no parecer o caer en la locura?

—Ninguna. Creo.

—¿Eres fiel a tu naturaleza? ¿Honras las decisiones tomadas? ¿Te entregas a tu destino? ¿Persigues tu sueño?

—Sí. Al menos procuro serme fiel a mí misma.

—Entonces, ¿para qué estás aquí? ¿Para qué necesitas una visión? ¿Por qué buscas saber quién eres y cómo vivir tu propia vida?

—Me estás liando y no respondes, vamos por pasos. ¿Cómo recorro la locura?

—Dale la mano a la locura, recorre sus dominios, siéntelos, respíralos y deja que te lleve hasta el otro lado.

—¡Qué bien! —suelta con ironía—. ¡Hermosas palabras!, pero me quedo igual. Me recuerdas algo que oí: hay personas que quieren tener todas las respuestas y utilizan sentencias imposibles para ocultar su ignorancia y a la vez ser elevados por los otros a un estatus que no les corresponde.

—¿Y eso lo sabes por experiencia?

—¡Sois muy graciosas!

—Y certeras. Nosotras no tenemos necesidad alguna de sobresalir, ni auparnos por encima de nadie. ¿Qué no entiendes?

—¿Cómo le doy la mano? ¿Cómo la respiro? Y lo más importante, ¿cómo cruzo?

—Las tres partes son igual de importantes, no hay una sin las otras. Y a la vez, no necesitas realmente ninguna. Tu mente, por el contrario, sí necesita patrones. Por eso he utilizado esa imagen, porque ya lo has hecho antes.

—¿Pasear con mi locura?

—No. Con tu rabia.

—Sé cómo la solté. Mejor dicho, cómo me soltó. No recuerdo haber paseado con ella.

—Durante esos años en los que anidó en tu ser, vibraste con ese sentir. Lo escondiste a los demás, no a ti. Día tras día te metías en ella la analizabas, la descomponías. A veces lo entendías, otras caías de bruces y la rabia estallaba a través de ti.

—No sé… Lo que vi en una de vuestras visiones, es que vivía las experiencias bloqueando las emociones para luego analizarlas.

—¿De los 14 a los 18 años desde dónde te movías?

—Umm… Desde la rabia. No todo el tiempo. Quería ser buena, quería sentirme poderosa sin dañar a los otros. Quería poder controlar la rabia y sólo dejarla salir como defensa.

—Vivir entre esas dos fuerzas creó en ti la necesidad de comprenderlo todo y de tenerlo todo etiquetado. Te chequeabas cons-

tantemente. Cada palabra, cada movimiento tuyo. Analizabas cada paso que dabas para no descontrolarte. No vivías las emociones en el momento y luego te sumergías en ellas, experimentabas todas sus facetas con todo lo que estaba a tu alcance. Las vivías en otra realidad, una realidad a la que entrabas con ellas, pero como la rabia había colonizado gran parte de tu ser, iba contigo y era el cristal con la que las analizabas. Aunque en esos momentos no te dieras cuenta, conocías muy bien la energía de la rabia. La veías moverse en ti y en los demás. Percibías cuándo entraba en alguien, cómo a través de él se abalanzaba sobre otros, cómo estallaba y se diluía. Sin buscarlo, aprendiste a dejarte utilizar por ella, a expandirla. Eso te daba poder a la vez que te hundía en la desesperación al sentirte malvada. Estabas tan asqueada de esa parte tuya que un día simplemente te entregaste.

»Ese día la recorriste entera y cruzaste al otro lado. Te diste cuenta de que la rabia no eras tú. No la necesitabas y al soltar el poder que ella te confería, entraste en ti. Has de entender que tú provocaste esa y todas las demás experiencias para aprender de ellas. La rabia te soltó un día. Ahora te toca recorrer el miedo a la locura, llegar al otro lado y dejar que te suelte. Aunque antes debes saber a qué llamas tú "locura", qué se esconde detrás de esta palabra, en qué momento surgió.

—Después de estos días pasados con algunos de vosotros, creó que nació cuando era muy pequeña en casa de mis abuelos y que fue creciendo alimentado por las palabras y burlas de los que me rodeaban cuando les contaba mis experiencias. Experiencias que en un principio creía comunes a todos y que poco a poco fui escondiendo o reprimiendo. No pertenecen al mundo de la cotidianidad.

—¿Qué piensas ahora de esas experiencias?

—Me gustaría que fueran reales porque me siento bien pensando que las he vivido, aunque a la vez me aterra que lo sean.

—¿Qué te dice tu corazón?

—Que no soy quién para ponerle límites a la percepción y al poder. Mi razón se rebota y grita que no pueden ser reales, nadie las creerá.

—Tu miedo real es, pues, el que dirán los otros y no tanto las experiencias en sí. No te importaría estar loca si eso no afectara a la imagen que quieres proyectar en los otros.

—Sí, en parte es eso.

—¿Y en la otra parte?

—Aceptarlas como reales equivale a asumirlas, a hacerme responsable de todas ellas.

—¿Recuerdas tu respuesta cuando te hemos preguntado que dejabas de hacer para no parecer loca?

—… Sí. He contestado que nada. Entiendo. Lo cierto es que he venido a vosotras para saber, para encontrarme y entenderme. De alguna manera siento que me estáis obligando a autodiseccionarme y no me apetece, llevo toda una vida haciéndolo. Empiezo a dudar de vuestra ayuda. Sigo igual.

—¿Qué querías? ¿Una solución que te colocara en un punto cómodo y sin problemas? ¿Poder decir ya he llegado a donde tenía que llegar y ponerte a descansar?

—Supongo que, de alguna manera, sí, buscaba algo así.

—Esta mañana te hemos dado la visión. En ella está encerrada la clave para encontrar el camino que andas buscando. Todos los seres humanos podéis entrar en vuestro centro. Tú llamas a eso entrar en lo inconcebible, para otros es vislumbrar a Dios, o iluminarse. Hace años, entraste en lo inconcebible, como no tenías suficiente poder o energía para saber que estabas en tu centro verdadero lo olvidaste en un cajón.

»Si no te hubieras pasado gran parte de tu vida intentado desmenuzar lo insondable, siguiendo palabras y citas vividas por otros, calzando sus zapatos para recorrer tu camino, no el suyo y te hubieras entregado sin reservas, habrías volteado al miedo y habrías simplemente comprendido. No pudiste. Tenías que reco-

rrer un camino. Ahora sí puedes. Sólo confía en este momento, en este instante. Él ahora lo es todo. No puedes decir me entrego y dejarlo así, la entrega, la confianza ha de ser permanente y para eso te has de entregar y confiar en ti todos y cada uno de los segundos de tu vida. Esta es tu misión. Sólo eso se te pide. Lo demás no corre de tu cuenta.

»Entrégate, acepta tu verdadera naturaleza, hónrate a ti misma y a tus actos. No busques caminos de otros para llegar a tu centro. Cada uno tiene su propia senda de poder, para algunos es la meditación, para otros somos nosotras, para ti… ¿Cuál es tu senda? Cuando la descubras verás que no nos necesitas ni a nosotras, ni a nadie. Todo reside ya en ti.

—No os entiendo y a la vez en estos momentos mi claridad es total. No tengo miedos, ni dudas. Comprendo.

—¡Recuerda a los dos tigres!

La visión se desvanece. Un tigre blanco y otro amarillo aparecen frente a ella. «¡Recuerdo!». Se levanta rápido, sus hijos acaban de llegar. Toca ser madre.

Todos se han acostado ya. La visión, las dos visiones permanecen frescas en su memoria, no se deshacen con el rítmico andar de los relojes.

Rebusca en los cajones. Allí esta: su libro a medias escrito, empezó a escribirlo hacia siete u ocho años para sus hijos, por si acaso sí moría a los 50, quería decirles quién era ella, cuáles eran sus sueños. Un día la cotidianidad pudo más y lo dejó olvidado. «La espiral del sueño».